

Gabriel Miró, de nuevo

Asensio SÁEZ

Hasta mí llega la noticia de una próxima edición de las obras completas de Gabriel Miró, descuidada hoy un tanto la oportuna promoción de muchos de sus títulos. Regocíjese así con tal decisión el lector de buenas letras, que lo hay todavía, si por su excesiva juventud, ausencia de horas libres o venial descuido no hubiese podido penetrar aún en el orbe torrencial, ciertamente deslumbrador, de la prosa mironiana.

Dispóngase de este modo el nuevo lector, frente a la ramplonería de determinada pseudoliteratura aupada por los oportunismos de turno, a salir al encuentro de la más suculenta lectura, lección de estética en la que cuenta el amor al paisaje de la tierra, tan amorosamente, tan tercamente, que convendría como signo aclaratorio el previo repaso a aquellas palabras con las que Clemencia Miró, la hija del escritor, abría hace más de cincuenta años una edición de las obras completas de Miró: «Si Gabriel Miró se hubiese desplazado a otra región, a otro país, estoy segura que hubiese sido asimismo el total escritor -arte y hombre- que se enfrenta, descifra y exalta la naturaleza». Decisiva dedicación a favor de la obra paterna la de Clemencia Miró. Disponiendo uno del privilegio de su amistad, muy pronto descubrí que, con ser notable su labor conocida, todavía lo era más la entrega filial, la ingente tarea por la que llegó a reunir los trabajos del padre dispersos en distintas revistas de Europa y de Hispanoamérica, a recopilar su importante bibliografía, a preparar su exhaustiva biografía, etcétera.

Cuántas veces, a través de la letra personalísima de las cartas de Clemencia Miró, algunas dictadas a causa de su enfermedad, por ella misma calificada de "tenaz, exasperante", se levantaba la grata evocación de la estancia veraniega de Gabriel Miró y su familia en Cabo de Palos, por medio los paisajes murcianos de la mina y el mar. La enfermedad de Clemencia, ya

convocada por la muerte, frustró su viaje último, amorosamente preparado, a Cabo de Palos, buscando, según sus propias letras, el encuentro con "los años de la infancia y tantas cosas más en el recuerdo", a saber: los atardeceres por la orilla del Mediterráneo y la del Mar Menor, a la búsqueda de conchas y caracolas; las excursiones al campo, a la mano, con los fondos, casi de Patinir, de "los montes mineros, llagados por el metal de la galena" -prosa de Miró-, de los molinos de velas hinchadas por el viento, como buches de paloma, también un día exaltados por el escritor... Sabiendo Clemencia mi devoción por los molinos, me puso en comunicación con Gregorio Prieto, cantor con su pincel de los otros manchegos. "Me alegro mucho que la personas que nos ha puesto en relación haya sido Clemencia Miró, deliciosa criatura", me escribió luego el pintor.

La estancia del escritor en Cabo de Palos corrobora el enamoramiento de Gabriel Miró por el mar. "Gabriel Miró -me insistía Clemencia en una ocasión en una de sus cartas- tuvo siempre el mar frente a sus ojos, en su obra, en su alma..." Precisamente de su devoción al mar nació su delicioso libro "el ángel, el molino, el caracol del faro". Muchas veces Antonio Ros, prestigioso oftalmólogo y conocido escritor en Méjico, hijo predilecto de La Unión, me contó curiosos datos sobre su amistosa vecindad veraniega con los Miró en Cabo de Palos, cuando, noches de plenilunio por medio, acompañaba al escritor al rito de «sacar la luna», convirtiéndose en testigos de su nacimiento en el horizonte mediterráneo, viéndola así emerger blanca y entera, goteando mar. Se repetía de este modo, a menudo, el zascandileo de ambos amigos por los bellos acantilados que, en ráfagas, la luz del faro pintaba de plata. Devoto de Miró, insistió varias veces Antonio Ros, en distintas publicaciones, sobre

el tema de su obra, de su hombría de bien. «No le atraían ni le interesaban el cálculo crematístico, ni la aureola ajena, ni el señuelo de la adulación -escribía en cierta ocasión en «Informaciones». Le era bastante, enjaulado en su caracol dorado, con volcar sus ojos, aquellos ojos suyos, tan claros, hacia adentro, hacia la entraña íntima de su espíritu, para amar plenamente».

Ahora, por sabido se da, con la próxima aparición de las obras completas de Gabriel Miró, volverá a tomar cuerpo todo un universo fascinante en el que, junto a las glorias y melancolías de «Sigüenza», duplicado del propio escritor, contarán las desventuras de la dulce Paulina de «Nuestro Padre San Daniel», las agónicas dudas del Judas de las «Figuras de la Pasión del Señor», los pintorescos proyectos de la María Fulgencia de «El Obispo leproso», tan enamorada del Ángel de Salzillo, que decidió comprarlo; de las peripecias del enterrador Gasparo de «Años y leguas» que, faenando entre muertos, de la mano de su autor, llegó un día a ganar el «Mariano de Cavia»...

Anda ya lejos, afortunadamente, la injusticia que un día pudiera pesar sobre Miró. «Escritor sin suerte» lo llama Jaime Siles. Antes, Mercedes Ballesteros pudo escribir frente a los apresuramientos del moderno lector: «Gabriel Miró sigue siendo limitado negocio para los libreros». De cualquier modo, insiste uno, importa ahora, antes que nada, la noticia de la próxima aparición de sus obras completas. Al modo de Isabel y Beatriz, que llegaban a comulgar la esencia del protagonista de «Las cerezas del cementerio» al morder la encendida fruta, prepárese el futuro lector frente a su prosa a entrar en íntima y privilegiada comunicación con la más bella palabra escrita correspondiente a nuestra literatura contemporánea.